



UN ENFRENTAMIENTO POLÍTICO-SOCIAL

Algo más que un partido

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN



Ha sido un año duro para el sentimiento nacional catalán. Primero, una campaña en el resto de España tendente a ofrecer una Cataluña llena de campos de concentración para castellanohablantes. Para continuar, un rearme del sentimiento nacional español contra los supuestos chantajes políticos de Pujol a cambio de ayudarle al PSOE a pagar la cuenta de los calzoncillos del señor Roldán. Recuerden que cuando el FC Barcelona se acercó a Coruña, Gil y Gil, el presidente del Atlético de Madrid, secundado por César Augusto Lendoiro y por algún líder de radiodifusión deportiva, desencadenó una ofensiva tendente a demostrar que los árbitros favorecían al Barcelona y que en torno a esa ofensiva ha cuajado una complicidad popular para que el Coruña gane la Liga, triunfo de David contra Goliat y sobre todo contra ese Goliat ricachón y catalanohablante.

Ciertas o no, esas vibraciones se perciben desde Barcelona y sólo ha faltado que tanto Clemente, seleccionador nacional de fútbol, como Camarasa, defensa principal del Valencia —el último equipo que podía frustrar las aspiraciones del Coruña—, hayan confesado sus preferencias por el club gallego en el duelo final con el Barcelona para que en Cataluña se haya demostrado una vez más la poética de la paranoia: lo peor que le puede ocurrir a alguien que tiene manía persecutoria es que le persigan de verdad. El partido en Atenas contra el Milan por la supremacía europea coloca al Barcelona en otra dimensión, por encima de las miserias cainitas de

la Liga española, y de ese partido se esperan las más altas satisfacciones del espíritu en unos tiempos en los que todo club de fútbol tiende a convertirse en religión, Iglesia y partido político al mismo tiempo, como reflejo de la crisis de las religiones, las iglesias y los partidos políticos.

Si el Barcelona deviene constantemente un símbolo de representación nacional catalana, independientemente de la cantidad de jugadores vascos o extranjeros que alinea, el Milan es en estos momentos una experiencia emblemática político-social que afecta no sólo a los italianos, sino a todos los sectores de europeos entusiasmados o aterrados ante la perspectiva de *berlusconización*. El triunfo de Berlusconi en Italia sería inexplicable sin la quiebra de la cultura política vigente desde 1945, pero también sin el papel que representa la filosofía del *empresario-condottiero* triunfador en los negocios, pero fundamentalmente triunfador en dos negocios que crean adicción de masas: el uno por activa

(el fútbol-el Milan) y el otro por pasiva, la televisión. La consigna política de Berlusconi, *Forza Italia!*, es también la del Milan y la de la selección italiana, y el votante de Berlusconi y de su nueva mayoría de pintorescas e inquietantes derechas reúne los rasgos del militante interclasista y de aluvión, sea de un club de fútbol, sea de cadenas de televisión. El militante futbolístico y el militante mediático coinciden y están convocados por mecanismos de participación e hipnosis frente a los que nada pueden hacer los viejos vínculos de participación e hipnosis de la cultura militante de los partidos tradicionales.

*"En Atenas,
Berlusconi se
juega la
derrota de la
piedra sobre
la que
construyó su
iglesia"*



Silvio Berlusconi, presidente del Milan y hoy primer ministro italiano, levanta la Copa de Europa de mayo de 1990.

REUTER

El Milan es el origen de la filosofía triunfadora e *innovadora* de un personaje tan comprometido con la anterior situación como para reconocerle hijo de Craxi y Andreotti, Craxi el padre y Andreotti la madre. En Atenas, Berlusconi se juega la derrota de la piedra sobre la que construyó su iglesia... "Tu eres Pedro... y sobre esa piedra edificaré mi iglesia".

Por eso, tantos amigos italianos horrorizados ante el berlusconismo me confiesan que se han hecho barcelonistas, y hay quien lleva este discurso a los límites de la Cruzada contra la *berlusconización* de Europa, como si en Atenas se hiciera frente una vez más a la invasión de los bárbaros, pasando por alto que esos bárbaros, de serlo, ya estaban dentro. Evidente-

mente, los jugadores tienen otra lectura del partido: se juegan prestigio simbólico, dinero y, entre los más jóvenes, un lugar en el más selecto mercado futbolístico del futuro. Cuando nos sentemos ante el televisor o en las gradas del estadio, desaparecerá cualquier tentación teórica especulativa y desearemos fundamentalmente que ganen los de nuestra tribu.